

cion de pais, ni mérito alguno para dar una gran confianza : sola, no probaria nada, porque puede ser apócrifa, y haberse introducido entre los papeles de Robespierre, ó habérsela escrito por perderle, y está ademas en contradiccion con la marcha que ha seguido. Es necesario tener una gran dosis de credulidad, para pensar que Robespierre, conocido por su templanza, su sobriedad y su probidad particular, tanto como por su audacia y ambicion política, no hubiese aspirado sino al bajo y subalterno papel de agente asalariado, que va á gozar en el retiro de un pequeño tesoro adquirido á tanta costa. Semejante papel no pide tantas combinaciones, ni se arriesga todo para obtener tan poco. Si Robespierre no hubiese sido sino un instrumento vul-

gar, se habria limitado, como Marat, á diatribas extravagantes contra todo lo que honraba la revolucion; no hubiera perseverado en la sabia marcha; no hubiera, despues de haber organizado las mortandades, retrocedido á su presencia en los últimos dias de su poder; ni hubiera tratado de rehabilitar el carácter frances, degradado por las orgias hebertitas, en su proyecto de fiesta al Ser Supremo, político, pero ridiculo en su ejecucion. Hemos creido reconocer que aunque la carta sea realmente escrita á Robespierre lo fué fuera de tiempo. Estas palabras, *sobre un teatro en que debeis pronto parecer y desaparecer por la última vez*, nos han parecido tener relacion con la pretendida conspiracion del 9 del termidor, cuyos encargados del exámen



de los papeles de Robespierre tenían, sobretudo, el mayor deseo de demostrar su existencia. Sin embargo su conducta posterior á la época en que se supone haber escrito esta carta manifiesta que no solamente tenía á la vista el *tesoro suficiente* que le esperaba, pues que libre de las manos de sus enemigos, en lugar de huir de esta canalla que *debía escupirle ó la cara*, se entregó aun á ella para disputar á la Convencion un poder que quería usurparle; si hubiese estado persuadido que *el sofa de la presidencia le acercaba al cadalso*, hubiera huido en lugar de combatir, y exponerse á los golpes de este pueblo *crédulo* que tanto despreciaba. Robespierre era uno de estos hombres difíciles de conocer. Sus principios y sus opiniones, al principio de la revolucion,

eran los de un republicano; pero la seriedad de su carácter y la poca extension de sus ideas y medios conocimientos le habian exaltado. Al mismo tiempo pensaba que en le gran crisis que se preparaba, no le seria difícil hacer algun papel. Presentia sus altos destinos; pero ambicioso, tenaz, reflexivo y laborioso hasta, el exceso, no desistió jamas de sus primeros designios. Dió á su conducta cierto aire de nobleza, y á su ambicion republicana, de austeridad; incapaz de otra pasion que la sed orgullosa de mandar, tenia en sus costumbres particulares un seguro talisman para atraerse el respeto. Vivió pobre y fué siempre insensible á los atractivos de la riqueza y los deleites. Sea penetracion, ó sea instinto, adelantó la marcha de los acontecimientos, y



desde el año 89 tuvo el lenguaje de los jacobinos del 93, y solo él podía decir: consultad mis primeros discursos, y ved si he mudado mi modo de pensar; examinad mi fortuna, y veréis si me he enriquecido á expensas de la república. Por estas razones fué inmenso su influjo: reposaba realmente sobre calidades sólidas, y aun estimables de algun modo. La naturaleza habia destinado á Robespierre para ser gefe de una secta, y en la edad del fanatismo religioso, se le hubiera visto, cubierto con un saco, predicar las virtudes del claustro y encender la hoguera de Santo Domingo, del mismo modo que predicó la igualdad, y la sostuvo con los cadalsos: por consiguiente, en los primeros tiempos á lo menos, estaba y podia estar de buena fe. Sin intrigas

ni charlatanismo se formó un partido de admiradores y seudos; se hizo, por decirlo así, el representante vivo de una opinion, y tales resultados no pueden nacer sino de un genio que no tenia, ó de uno de estos convencimientos profundos que subyugan las almas débiles.

Cuando Robespierre, conducido por sus solas opiniones y la fuerza de las cosas, comprendió toda la extension de su poder, se admiró y su orgullo lo celebró. Quiso conservarse por los mismos medios que lo habian elevado. Sus odios violentos y sus exaltaciones republicanas le rodeaban de víctimas y de admiradores, siéndole suficiente este papel, que quiso conservar; pero cuando Hébert, Camilo Desmoulins y Danton cayéron bajo la



cuchilla, empezó á embriagarse con sus propios sucesos. Se creyó el hombre de la predestinacion, llamado por ella al supremo poder, y trató de hacer que fuesen en provecho suyo los errores é ideas útiles de todos los partidos. Los hombres sanguinarios de que se rodeó le inquietaban, y vió que era preciso desde luego organizar un gobierno estable antes de pensar en hacerse su gefe, y queria detener la arma de la muerte, despues de haber derribado algunas cabezas; pero tuvo la imprudencia de dar á conocer sus designios, y se perdió. Nadie queria recibirle como dictador, y los tigres de las comisiones no contando ya tenerle por cómplice, le abandonáron. La fiesta del Ser Supremo, la reorganizacion del culto, el papel que hizo en este grande acto, la

presentacion á su nombre de la ley del 22 del prerial, su ausencia de la comision de salud pública, y en fin su último discurso, manifestáron esta embriaguez de poder y proyectos de tiranía.

Acaso se creerá tambien que la caida de Hébert, y la faccion de los extrangeros, puso á Robespierre en relacion con los agentes del desórden. Acaso contó entónces con su asistencia. La proteccion que dió á muchos denunciados, á los jacobinos como agentes del exterior, y la certeza con que Pitt predijo su marcha á los pueblos de Inglaterra, podrian hacerlo creer; pero no hay duda que Robespierre estaba rodeado de agentes de alguna faccion antifrancesa. «Tenemos, dijo un embajador español en una carta leida en la



Convencion por Courtois , en la comision de salud pública uno de los nuestros , disfrazado en furioso maratista : y el modo con que este mismo embajador habló de Robespierre , probó tambien que no habia relacion alguna con él.

Despues de la caída de Robespierre se formáron nuevos partidos en la Convencion nacional. Los amigos de Danton , de los que Barras y Tallien se habian hecho los gefes , dejáron la montaña , y se apoderáron del lado derecho que en 13 de mayo y 2 de junio habian dejado desierto. Todas las honradas gentes , que el régimen del terror habia reducido al silencio , se agolpáron al rededor de ellos , y formáron el partido llamado termidoriano , compuesto de ardientes re-

publicianos que se habian , de algun modo , moderado. Los antiguos girondinos votáron por ellos , aunque fuesen siempre diferentes ; y mientras mucho tiempo no hubo ya en la Convencion sino dos partidos , la mayoría ó moderados , y la montaña ; pero estos dos partidos se componian de despojos de todas las facciones antiguas cuyos elementos fermentaban aun en secreto. Los termidorianos y Fréron atacáron á la montaña ; pero estos hombres tenian mas influjo que consideracion ; se les habia visto extremados demagogos , sentados en la cima de la montaña , ensalzar sus trabajos ; casi todos procedian de clases vulgares y se habian enriquecido mientras el curso de nuestros desastres.

Su opulencia que describa sus rapi-



ñas, habia motivado los ataques de Robespierre contra sus principales gefes. Su venalidad daba sospechas, pero se mantenian á la cabeza de la opinion por su audacia y la confianza que su republicanismo antiguo y odio nuevo contra el terrorismo inspiraban al pueblo. Se buscaba un término medio entre el trono y el terror, y se creyó haberle encontrado en ellos. Casi todos habian votando la muerte de Luis XVI, dado una fuerte garantía á la república para que no pudiese sospechar de sus principios. Casi todos habian estado demasiado unidos con los anarquistas para temerse sus venganzas, y se miraban con mas desconfianza los desgraciados despojos de la gironda. Asi se extravió la opinion, porque se mudó de partido, sin mudar de carácter; y Fréron á la

cabeza de la *juventud dorada* hizo memoria muchas veces del devastador de Tolon y procónsul de Marsella saqueada.

§ II. Acusacion de José Lebon, de Fouquier-Tinville. — Delacion hecha por Lecointre contra los miembros de las antiguas comisiones del gobierno. — Estado de nuestros ejércitos.

La Convencion recibió de todas partes felicitaciones en que se hacia su elogio por haber sacudido el yugo de los opresores, y por todas partes se daban mutuamente la en hora buena de haberse salvado del régimen sanguinario: la opinion pública se explicaba con energía, y el terror no podia existir en adelante; sin embargo se le temia aun y se perseguia violentamente á sus partidarios y sus fautores. El 15 del ter-

15 del  
Termidor.